

Rebeliones

Enrique Dussel y
Fabrizio Mejía Madrid

© Enrique Dussel y Fabrizio Mejía Madrid

Esta es una publicación de la Rosa Luxemburg Stiftung y
Para Leer en Libertad A.C.

www.rosalux.org.mx
brigadaparaleerenlibertad@gmail.com
www.brigadaparaleerenlibertad.com

Cuidado de la edición: Jorge B. Fernández, Paco Ignacio Taibo II,
Alicia Rodríguez.

Diseño de interiores y portada: Daniela Campero.

CARTA A LOS “INDIGNADOS”

Enrique Dussel

Mi amigo Michael Löwy pasando por México en abril de 2011, para dictar una conferencia sobre Walter Benjamin, me mostró un folleto que había producido gran revuelo en Europa: *Indignez vous!*, de Stéphane Hessel, publicado por Indigène Éditions de París, en su 13ª edición, de 2011. Es el grito de una conciencia ético-política que despertó en la gigantesca masacre de millones de seres humanos llamada Segunda Guerra Mundial (los europeos y estadounidenses, concibiéndose el centro del universo, llaman “mundiales” a sus guerras); barbarie que nunca había contemplado la humanidad.

Él vivió su “tiempo-ahora” (el *Jetzt-Zeit* de Walter Benjamin o el tiempo mesiánico de Pablo de Tarso) su 15 de Mayo, en la década de los 40 del siglo pasado: en la heroica resistencia francesa contra la invasión nazi. Era la prehistoria de la posterior reconstrucción de Europa, del triunfo de los demócra-

tas cristianos y los social demócratas, del plan Marshall, de los milagros alemán y japonés ante la Unión Soviética de Stalin y la China de Mao Tse-tung. Fue el comienzo del Imperio estadounidense que durará desde 1945 hasta las actuales derrotas en Irak y Afganistán. Fue tiempo de crecimiento ininterrumpido, de optimismo creciente, del desarrollo sin límites, del capitalismo fordista y después trasnacional estadounidense como modelo del american way of life. Stéphane Hessel resistió las ilusiones de esta pax americana con un espíritu de indignación ante la indiferencia de las injusticias que se iban acumulando en Europa, en el mundo postcolonial y en Israel (en este último caso ante los sufridos palestinos, anotando que la solidaridad de Hessel es doblemente meritoria siendo él mismo de origen judío).

Mi 15 de Mayo, en cambio, fue 1968. No sólo el de París de P. Ricoeur (donde viví en el barrio latino cuatro años junto a la Sorbonne, aunque volví a América Latina en 1967), ni el del Berkeley de H. Marcuse, sino el 1968 de los más de cuatrocientos estudiantes y obreros mexicanos asesinados por el gobierno neocolonial en la Plaza de Tlatelolco o el del “Cordobazo” de Argentina, ciudad tomada por estudiantes, obreros y movimientos sociales que derrocaron a la dictadura militar de Onganía, impuesta por el Departamento de Estado. Era la primera crisis del capitalismo de posguerra, cuya pequeña burguesía permitió a sus hijos o hijas levantarse contra el sistema que mostró los primeros signos de sus defectos crecientes. Junto a esos movimientos sociales, peregrinando por todos los países latinoamericanos cuyas juventudes más alertas estaban en estado de rebelión siguiendo desde 1959 el ejemplo cubano del “Che” Guevara, surgió lo que denominamos generacional-

mente la Filosofía de la Liberación, en el campo universitario secular (siendo la Teología de la Liberación su antecedente en las comunidades creyentes populares y militantes).

Difícil sería describirles aquí los millares de frentes de lucha que en toda América Latina produjo este movimiento, desde los “latinos” en Estados Unidos o en el Caribe, en México y Centro América, o en América del Sur. Las dictaduras militares instaladas en nuestro continente por el Pentágono, por el proverbial Henry Kissinger (responsable de muchos golpes de Estado, principalmente el de A. Pinochet en Chile), ahogaron con sangre nuestra América, a la manera de Europa la Segunda Guerra Mundial, guardando las proporciones. Era el tiempo de la “Guerra Fría”, del Occidente capitalista contra el Oriente socialista; del África y el Asia que se habían liberado del colonialismo europeo, pero que había caído bajo el dominio neocolonial de las corporaciones estadounidenses, dificultándose, principalmente en África, la nueva organización del Estado nacional. Tiempo de luchas fratricidas, fruto de la política neocolonial.

Mientras el mundo del Sur sufría una explotación creciente, Europa vivía la bonanza de un desarrollo económico y político a la sombra del gigante americano. Así los gobiernos europeos lo adulaban en el momento en que nosotros soportábamos su política de convertirnos en “patio trasero” del Imperio.

Cuando en 1957, a mis 23 años desembarqué (literalmente, pues había llegado a Barcelona por barco desde Buenos Aires) para hacer un doctorado en filosofía en la Universidad de Madrid, el país estaba en plena crisis estudiantil contra el gobierno de F. Franco, bajo el liderazgo de mi maestro, el profesor López-Aranguren. España dormía todavía la “siesta

provinciana”. Como decía un cómico de la época, hablando de política en referencia al clima y la temperatura: “¡Un fresco general reina en toda la Península!” Con cinco duros pagaba diariamente una minúscula pieza en un hotelito junto a la Plaza del Sol (un duro más si se tomaba una ducha, no muy frecuente en esa época). Había que tomar el metro hasta Argüelles, el tranvía hasta la Facultad de Filosofía de la Universidad, en la dificultad de defender una tesis doctoral, con profesores que comenzaban a adherir al Opus Dei, a favor de Jacques Maritain, un demócrata francés que tuvo por discípulo a E. Mounier y que inspiró al grupo *Esprit*, del que formé parte en los sesentas en París. Era el lento comienzo de la etapa que llevaría a España a integrarse a la Europa de postguerra, para superar aquel dicho insultante de De Pauw: “África comienza en los Pirineos”—opinión de la Ilustración del norte de Europa, y ciertamente entre muchos otros de Hegel; dicho insultante no sólo para España sino también para África.

El 15 de Mayo del 2011 es como un despertar de un sueño que ha durado ese medio siglo. Está como al final de un largo camino de ilusiones; del desarrollo sostenido prometido por Felipe González (que pretendía enseñarnos a los latinoamericanos el sendero brillante emprendido por la exitosa España en la Unión Europea). Es el final de la ética de la felicidad predicada por Fernando Savater en su *Ética para Amador*, olvidando que los “indignados” deberían justamente contarse entre sus hijos y no ser repudiados por argumentos surgidos de una moralina liberal. Es el final para muchos con conciencia ético-política, de un capitalismo que sin la oposición del socialismo real (otra derrota reciente) mostró su salvaje estructura de un individualismo egoísta y competitivo, cuyo único hori-

zonte de racionalidad es el aumento de la tasa de ganancia, esencialmente del capital financiero globalizado, sin patria, residente permanente de “paraísos fiscales”, exentos de toda ética u obligación para con los pueblos que exprime hasta tirarlos como la cáscara de la naranja después de extraerle su sustancial jugo. Es ahora el tiempo de la desocupación, del trabajo “flexible” o de la situación socio-política.

En México se denomina a la nueva juventud, producto de la actual crisis del capitalismo, los ninis: ni pueden estudiar, porque no hay lugar en las instituciones pedagógicas, ni pueden trabajar, por falta de empleo, como resultado de la nueva estructura del capitalismo, que no necesita ya para la producción de mercancías de tantos trabajadores, reemplazados por los procesos robotizados y computarizados. Marx explicaba ya en los *Grundrisse* (1857) que el desempleo estructural constituye a la persona del trabajador en una nada, en un pobre: “pauper post festum” (“un pobre después de la fiesta”). Un pobre que no puede reproducir su vida porque no recibiendo salario no cuenta con dinero, y sin solvencia no puede comprar en el mercado lo que necesita para permanecer en vida.

Sin trabajo no hay sobrevivencia en la sociedad capitalista. El desocupado es lanzado a la nada. Si gozó de empleo, se vuelve un “pobre posterior a la fiesta” orgiástica del capital, que vive de sacrificios humanos. Es un “indignado”-post: un desocupado estructural que el capital ignora, desprecia, juzga como trabajo flexible, “líquido”. Cuando es joven y aún no consiguió un trabajo, se trata del “pauper ante festum” (“un pobre antes de la fiesta”); un nini; un “indignado”-ante. Es al que no se le permite ni siquiera llegar a ser; nunca fue, siempre era ya un no-empleado, desechable.

Esas nadas, esos todavía-no trabajadores, no-asalariados, no-miembros de una clase social, son los que Marx llamó “nada real” (el pobre antes de la fiesta del capital), que si eran contratados o subsumidos en el proceso de trabajo como asalariados se transformaban, sin embargo y antropológicamente, en “nada absoluta” —meros instrumentos o mediaciones del capital: las personas se transforman en cosa, y la cosa (el capital) en persona; es el fetichismo del capital.

Al colectivo de los pobres, de los marginales, de los siervos o campesinos medievales, que en la “tierra de nadie” habían abandonado los feudos pero todavía no habían llegado a las ciudades europeas para ser contratados como aprendices por algún maestro, protegidos por sus gremios, Marx lo denominó “pueblo de pobres” (en la sección sobre “La acumulación originaria” de *El capital*). El pueblo es el colectivo de los pobres, que A. Gramsci en sus *Cuadernos de Cárcel* denomina “el bloque social de los oprimidos”, y de los excluidos, agrego yo. “¡Homo homini lupus!” (“El ser humano es lobo para el [otro] ser humano”) es la definición del liberalismo, el capitalismo, la Modernidad colonialista, armamentista, que culmina en el neoliberalismo de un F. Hayek o Milton Friedman, hoy vigente en el sistema del mundo globalizado bajo la hegemonía del capital financiero.

El pueblo es el actor colectivo que despierta del sueño alienante con el que el sistema lo adormece por medio de la propaganda de la mediocracia a la S. Berlusconi. El sentido común popular, su sabiduría, es obnubilado y confundido por la falsa palabrería, por las imágenes alucinantes que la estética del sistema mercantil impone con la moda por la televisión. Las voluntades se ablandan por el hedonismo feliz del “pan y circo”. Pero ese pan virtual no alimenta; ese circo festivo no

permite la profunda felicidad de la justicia cumplida con responsabilidad ante el pobre palestino, irakí, afgano, haitiano o de Bangladesh, hambriento y torturado por la violencia de la represión ejercida por los ejércitos de las potencias.

Es por ello que no pudimos sino con exultante alegría, largamente reprimida, gozar con los jóvenes egipcios que se levantaron en la Plaza de la Liberación (tahrir, que en árabe significa “liberación”) contra la dictadura de Mubarak. Esa liberación nos habla no sólo de los movimientos como el del Frente de Liberación Sandinista, el Ejército Nacional de Liberación Zapatista o el de Argelia, en el que estuvo involucrado Fantz Fanon, el afro-latinoamericano de Martinica del que en el 68 leímos apasionados su obra *Los condenados de la tierra*, con el célebre prólogo de Jean-Paul Sartre. Ese pueblo que se rebela en El Cairo nos recuerda también al Egipto milenario, del Osiris que juzgaba como justa a la persona que daba “pan al hambriento” (en el capítulo 125 del *Libro de los muertos*), que pagaba el rescate por los esclavos para liberarlos, hechos que sugieren al nombrado Walter Benjamin aquello de que los momentos de redención (de rescate que libera a las víctimas de la injusticia) son el criterio de interpretación auténtica de la historia humana que vale la pena de ser narrada; que no es la historia de los vencedores, sino de las víctimas. Dicho criterio de justificación no es la ley (menos la ley del mercado que permite acrecentar el capital y que asesina por hambre a millones de seres humanos, como hoy en Somalia o Sudán del Sur); no es el orden, el sistema vigente, sino “el consenso crítico de los oprimidos” (que es el criterio de Pablo de Tarso en su Carta a los romanos, tan estudiado hoy en la filosofía política por A. Badiou, S. Žižek, J. Taubes, G. Agamben, F. Hinkelammert y por

tantos otros) como punto de partida, como originario estado de rebelión (más allá del estado de derecho y aun del estado de excepción).

Muchas veces he estado en Egipto, y lo que más me ha llamado la atención es la continuidad por más de cinco mil años de una tradición de rebeliones populares. Es una cultura que viene del Sur, del corazón del mundo bantú, madre de las culturas del Mediterráneo, no sólo de Grecia, sino igualmente de la Cartago de Aníbal proveniente de la España fenicia; del cristianismo alejandrino y después copto, hasta llegar a la tradición crítica musulmana.

Samir Amin nos decía, en un Foro Social Mundial de Porto Alegre, que el Estado egipcio tenía cinco mil años. La misma duración en el tiempo tiene su pueblo, ya que la palabra *démos* tiene una etimología de origen egipcia (y no indoeuropea o griega) y significa “aldea”, “comunidad”, pueblo.

Los cambios históricos presentes nos obligan a pensar todo de nuevo. Y la juventud es la más apta para ello, porque es nueva.

Hemos indicado que el liberalismo nos ha acostumbrado a considerar como sujeto de la política al individuo libre. Sin embargo, tanto Ch. Peirce como K.-O. Apel o J. Habermas, pero mucho más las costumbres ancestrales de África, Asia y América Latina, sitúan en el origen a la comunidad, al actor colectivo que de los antiguos clanes o tribus, pasaron por numerosas etnias, hasta organizar ciudades. Todas tenían instituciones consuetudinarias como punto de partida, es decir, un contrato implícito o explícito como formando parte de su vida cotidiana, cultural, política. Cuando los oprimidos y excluidos en esos sistemas socio-políticos históricos tomaban

conciencia crítica de su situación, nació el actor colectivo que se sentía responsable de la transformación histórica, unificando los grupos, movimientos, sectores, en torno a nuevos proyectos hegemónicos. Era el pueblo como un bloque histórico que irrumpía para cambiar el estado de las cosas e innovar las estructuras institucionales, sea por una revolución pacífica o con medios coactivos suficientes y proporcionales a los que se usaban para la opresión. El pueblo es hoy el que se levanta en Egipto, Túnez, Madrid, Atenas... Es un bloque social empobrecido, lleno de juventud e “indignación”, que desea comprometerse para cambiar las cosas.

Llegamos así al tema central de las movilizaciones presentes. Algunos piensan que las instituciones políticas son siempre represivas o dominadoras. La Comuna de París de 1871 es el mejor ejemplo en el imaginario del anarquismo. Se niega la democracia representativa de la que explicaba su estructura John Stuart Mill en 1868 en su obra *Observaciones sobre la democracia representativa*. Algunos de los padres fundadores del sistema democrático estadounidense temían a la democracia real, y por ello inventaron una democracia representativa muy especial (donde las elites escogen los candidatos de los partidos y el ciudadano los confirma).

Es por ello que entre los “indignados” de la Plaza del Sol se preguntan algunos hasta cuándo podrán seguir reuniéndose. ¿Es posible en el tiempo una asamblea perpetua? Las multitudes de la Plaza del Tahrir debieron hace tiempo levantar su “plantón”, volver a sus hogares, confiados en los militares. Pero como nada hacían han vuelto a la Plaza, y ahora han sido reprimidos violentamente con más de mil heridos. ¿Permanecer siempre, algún tiempo, cuánto, o dejar la Plaza para volver a la

cotidianidad de la opresión y la mentira de una representación, aunque sea parlamentaria, cada vez más atacada por la corrupción y practicada como monopolio despótico del ejercicio del poder político fetichizado!

¿Democracia o invención de otro sistema político? Y si defendemos la democracia se abre un nuevo dilema: ¿democracia representativa o democracia participativa? Estos antagonismos, quizá por su formulación parcial, presentan falacias reductivistas, falsas antinomias que deseamos problematizar, porque es la cuestión central a discutir colectivamente en el movimiento de los “indignados”.

Es necesaria la indignación, pero de inmediato hay que practicarla como participación democrática, que es como el otro brazo de la democracia. La representación es necesaria, e igualmente la participación. Pero la participación sin organización, sin cierta institucionalización, es espontaneísmo. Un movimiento puramente espontáneo, como el “acontecimiento” tal como lo describe A. Negri en *Imperio*, grandes manifestaciones de masas como en Seattle, Barcelona o Cancún, sin organización previa, sin poder prever su erupción y que no afecta una continuidad en el tiempo, en la sobrevivencia diaria de las redes durante días, semanas, meses, años, se disuelven al poco tiempo. Es una política sin continuidad, sin poder afectar realmente a la historia. En su esencia es un llamado a volver al aislamiento anónimo, solitario; al recuerdo de un gran momento cuya vivencia nos llena de añoranza, pero que no consiste en poder exigir y fiscalizar a la representación, que nos antecede y nos sucede en los procesos.

Evitar el retorno a la normalidad para impedir lo que ya vemos en Egipto. Las multitudes que deponen a Mubarak me-

ses después son reprimidas violentamente por el ejército que ellos respetaron como el nuevo árbitro, sabiendo (o queriendo ignorar) que ellos estuvieron antes con A. Nasser, con Sadat y con el mismo Mubarak. ¡No hay que perder la memoria! Pero el espontaneísmo no tiene buena memoria, ni archivos, ni historia, sino que aconseja la irrupción intempestiva y la creatividad sin disciplina alguna para dejar lugar a la pura creatividad. Creatividad ¡sí!, pero no caos puramente negativo, nihilista. Del puro caos originario no puede emerger el nuevo orden, sino del orden que se derrumba por la crisis que produce el caos creativo hacia el nuevo orden. No es el gusto del caos por el caos. Es la responsabilidad ante el desorden injusto que origina la crítica. El orden injusto exige el caos como origen de un nuevo orden más justo. No es la disidencia por la disidencia, sino la disidencia que surge contra el consenso dominador como fundamento de un futuro consenso legítimo mejor.

La participación necesita un tiempo de “¡Todo el poder a los soviets!”, a la Comuna, a la democracia directa de la comunidad de los rebeldes, de los indignados. Pero acto seguido es necesario comenzar a organizar (por qué no: ¡a institucionalizar!) la participación. Esta será, de paso, la gran revolución del siglo XXI. La democracia representativa es necesaria pero ambigua. Sin la participación organizada que le fija los fines y fiscaliza su acción de gobierno, se corrompe, cae en la impunidad, en la dictadura y el monopolio político de los partidos. No por ellos se eliminarán los partidos y la representación. Ambos cumplen una necesaria función, pero sin la regeneración y la vigilancia de la participación organizada se fetichizan, como acontece en el presente en todo el mundo. Es una burocracia pública fetichizada a las órdenes de la burocracia privada tras-

nacional (principalmente del capital financiero, sin patria, sin representación, sin regulación, el “imperio” que explota a los pueblos a través de sus propios Estados).

No basta con sólo movimientos espontáneos, con movimientos sociales, populares o anti-sistémicos, sin una participación política explícitamente definida en lo empírico. Que el pueblo pueda exigir el cumplimiento de sus necesidades en propuestas planificadas por la misma comunidad participativa, que puede igualmente participar en la asignación del presupuesto, que pueda vigilar con auditorías las acciones de todos los órdenes de la representación y que, por último, pueda revocar los mandatos de la representación, significa una real participación que ha dejado atrás el espontaneísmo ineficaz.

Las multitudes se levantan contra la fetichización de una aparente democracia (la democracia liberal). Es necesario crear una democracia que no sea manca; que tenga dos manos: la representación inevitable y la participación esencia de la política. Son los dos momentos, aspectos, brazos de la democracia una, la única, la que no se ha practicado en toda la Modernidad. El cansancio ante la mentira, la adulación, la corrupción de la pura representación sin quien la pueda “vigilar y castigar” (invirtiendo la consigna de M. Foucault) debe dejar lugar a la democracia realista (representativa) y crítica (participativa).

La democracia sin representación es ilusoria. La democracia sin participación es fetichismo, burocratismo. La verdad del anarquismo es la participación, pero se vuelve moralismo idealista sin institucionalización en todos los niveles de los órdenes políticos (desde el barrio y la aldea, hasta la comuna, la municipalidad, el Estado provincial, regional, federal o mundial). La verdad de la representación es el ejercicio delegado del

poder del pueblo, pero se vuelve monopolio si no es nutrido y vigilado por la participación institucionalizada en todos los niveles indicados.

La revolución tecnológica, electrónica, cuyo manejo puede efectuarse por la participación inmediata de todos los miembros singulares de la comunidad política, en tiempo real, acortando la distancia hasta un cara-a-cara virtual (que no deja de ser real), en forma de redes, viene a dar a la participación la posibilidad de una transformación material en el proceso de producción de las decisiones políticas. Aún más que la máquina a vapor, que fue subsumida en el proceso productivo del capital (al decir de Marx), y que transformó material y realmente dicho proceso de producción de mercancías en la economía, ahora, gracias la revolución tecnológica electrónica en la política se comienza a realizar una transformación participativa imposible de ser imaginada en el pasado (aun en el pasado reciente) del proceso de producción de las decisiones prácticas.

La institucionalización de la participación aumentada al infinito por la información y la convocación de las redes electrónicas, crea espanto a la burocracia representativa que ya comienza a criminalizar la libertad de comunicación democrática y masiva del internet (y del evento del Wikileaks, que es un apoyo importante de información, que desconcierta al burocratismo secreto de la representación monopólica que da la espalda y teme a la participación popular).

¡Juventud del mundo, todos los ciudadanos de buena voluntad, los desocupados, humillados, explotados, excluidos... indígnense (como nos enseña Stéphane Hessel), pero, acto seguido, organicéense participando políticamente para

Rebeliones
transformar real y empíricamente todas las instituciones políticas! ¡Es la hora de los pueblos! Es la revolución política que cubrirá todo el siglo XXI, y que Ustedes y muchos otros en otras regiones del mundo, la han comenzado ya.

México, 22 de julio de 2011.

EPÍLOGO I

¿Quién hubiera pensado que el movimiento iniciado por Ustedes en Madrid se extendería por el Mediterráneo? En la plaza Sintagma de Atenas se levantaron otros “indignados”, pero aún más inesperado es el proceso que se ha iniciado en el mismo Israel, en el Parque de la Independencia, en Jerusalén, frente al consulado de Estados Unidos. Y no es para menos, también en el Oriente del *mare nostrum* de los romanos los pobres no aguantan más. A mí, nuevamente, me vienen a la conciencia muchos recuerdos de mi juventud.

En efecto, en julio de 1958 salí de Madrid (donde había terminado el primer año para defender mi doctorado en filosofía) con 100 dólares que mi padre me envió desde Mendoza (Argentina), para pasar un mes en un campo de trabajo en Alemania. En París decidí no ir a Alemania sino a Israel, “quijotadas” de un joven aventurero. En auto stop, comiendo poco y pasando la noche hasta en la calle en mi “saco de dormir”, llegué hasta Nápoles, y en un barco turco, sin derecho a comer, porque se me habían terminado los 100 dólares, llegué a Beirut, en el Líbano. De allí en auto stop a Siria en plena guerra sirio libanesa. Desde Bab Tuma, Damasco, hasta Jordania. Llegué primero a la hermosa, antigua y mágica Jerusalén jordana y después pasé a Israel. Tengo todavía una medalla israelita en recuerdo del décimo aniversario de la fundación del Estado de Israel. En Galilea, en Nazareth, conseguí trabajo de obrero en la construcción en un Shikun arab, y después de ganar algún di-

nero volví a España. Pero esto era sólo el comienzo. Terminando el doctorado en filosofía en 1959 volví a Israel, y trabajé de carpintero en la construcción de la citada ciudad israelita con palestinos durante dos apasionantes años de convivencia con compañeros que a veces vivían como hace milenios, aún en cuevas algunos de ellos. ¿Cómo comparar con otros encuentros aquel tomar un café turco sentado en el suelo con familias que acogían con el corazón abierto de inmensa fraternidad, compartiendo todo lo que poseían en su inmensa pobreza?

Estos compañeros árabes de trabajo, muy cultos porque hablan hasta cuatro idiomas (el árabe, el francés, el inglés y el hebreo), simples jornaleros de la construcción, me enseñaron el oficio. Pensaba yo para mis adentros que en cualquier otro país serían ingenieros o empresarios, pero en Israel les tocó ser palestinos. Uno me confesaba: “Yo trabajaba en un Kibutz. El viernes era feriado para los musulmanes, pero no para mí que era cristiano; el sábado para los judíos, pero no para mí que era cristiano; el domingo trabajaba como todos los días, porque no me daban feriado por cristiano”. Estuvo así trabajando seguido sin parar ningún día durante siete años. Hubiera tenido muchos motivos para indignarse, pero era un pacífico palestino aldeano y obrero. Cuando otros se rebelaron ya sabemos lo que les ha acontecido.

Pero ahora la cosa es distinta. El mismo profesor Efraím Davidi de Tel Aviv dice que hoy se trata de “la mayor lucha social en la historia de Israel” organizada por israelitas, es evidente. Son nuevamente los jóvenes, y los empobrecidos, que claman: “Bibi (apodo del Primer Ministro del Estado de Israel): estudiamos, trabajamos, vamos al ejército y a las milicias, pero no podemos ‘llegar a fin de mes’.” No son los ninis, porque es-

tudian y trabajan; no son los palestinos que desde hace sesenta años se indignan y ¡cómo sufren!; son los que en el ejército y la milicia reprimen a esos pobres que ocupan esos territorios desde hace miles de años y, sin embargo, son ahora también pobres. Esos “indignados” israelitas han aprendido de los de la Plaza del Sol a levantarse, rebelarse, pero la “principal diferencia con Madrid y Barcelona —escribe un periodista en un diario español— es que aquí (en Jerusalén) los manifestantes han acogido a los políticos de la izquierda y no los han rechazado”. La diferencia, pienso yo, consiste en que la izquierda israelita lucha como Martin Buber por el diálogo con los árabes y no han caído como en Europa en la posición social-demócrata-neoliberal (“cuadratura del círculo” hoy en boga en Europa). No es extraño que colonias israelitas ortodoxas de los territorios “ocupados” (léase: “robados”) de Cisjordania asalten los campamentos de los indignados israelitas, así como que los soldados egipcios repriman ahora a los indignados egipcios.

Los jóvenes, los pobres, los “indignados” del Mediterráneo (primero musulmanes del Norte del África, después cristianos del Sur de Europa y ahora judíos del Este de ese hermoso y contaminado Mar) están dando signos de vida que alientan a todos los jóvenes, desocupados, pobres del mundo globalizado bajo el mismo poder neoliberal hegemonizado por el mismo capital financiero trasnacional que también abruma a los pobres de Estados Unidos, capital financiero que liderados políticamente por el Partido Republicano exige cortar recursos para la educación, salud, para todas las necesidades de los pobres sin aumentar el impuesto a los ricos; que poseen el capital que aumenta su acumulación gracias a la crisis que él mismo provoca como mecanismo para alcanzar mayor ganancia.

¡Jóvenes del Mediterráneo, son Uds. ejemplo de Humanidad!

México, 1 de agosto de 2011.

EPÍLOGO II

Los acontecimientos se suceden, y este texto va creciendo al ritmo de la expansión mundial del movimiento de “los indignados”. De manera que habría que seguir escribiendo muchos Epílogos, pero con éste quiero significar la necesidad de no dejar de observar la expansión del descontento de la juventud crítica y sufriente, que convoca a muchos otros sectores sociales que se acrecientan en la medida que la crisis del capital financiero va arrastrando toda la vida económica y política, con sus efectos sociales, culturales y psicológicos letales.

En Chile, mucho antes y por otros motivos, luchan por una enseñanza gratuita, pública y de excelencia, contra un gobierno conservador que ahorra en la cultura para cuidar a los bancos y la burguesía, mientras miles de estudiantes, bajo el liderazgo de jóvenes surgidos de familias que sufrieron la dictadura de A. Pinochet, son otro tipo de “indignados” que merecen nuestra atención.

¿Pero quién se hubiera imaginado hace sólo unos meses que en el corazón del Imperio surgiría el movimiento? En efecto, en julio el colectivo Culture Jammers Adbusters había convocado a muchos junto a Wall Street. La idea fue creciendo hasta que se concretó dos meses después. El 17 de septiembre del 2011, en la mayor metrópolis estadounidense, símbolo de la *american way of life*, cuyo puerto alberga a la emblemática estatua de la Libertad, que todos los inmigrantes de la pobre Europa vislumbraban desde el mar al llegar como Josué a la

“tierra prometida”, se ha organizado el movimiento Occupy Wall Street. Jóvenes estudiantes blancos inesperadamente, en el inicio, se situaron frente a Wall Street (después se alejaron unos metros a la Plaza de la Libertad Liberty Plaza, cercana a la Bolsa, ¿quizá en referencia a la plaza Tahrir [Liberación] de El Cairo?), protestando por la “avaricia empresarial” exclamando: “¡Venimos para quedarnos!”

Bajo las lluvias torrenciales, sin carpas ni enseres de cocina como en el caso de los “indignados” de la Plaza del Sol, los jóvenes (y muchos no tan jóvenes) comenzaron a acomodarse en sus sacos de dormir para constituir una creciente multitud. ¡El 15M se ha transformado en el 17S! A diferencia del Mediterráneo la policía neoyorquina produjo arrestos indiscriminados, injustificados, violentos en mayor número de 700 personas en una sola redada. Esto hubiera parado otros movimientos tradicionales, pero ahora la situación es distinta. La voluntad de permanecer tiene mucho más fuerza, convicción, ira, ya que expresa el querer de millones de desocupados, empobrecidos, humillados.

Grandes sindicatos de históricos eventos en favor de los obreros estadounidenses comienzan a solidarizarse con el movimiento. Intelectuales como N. Chomsky, Michael Moore, Susan Sarandon, Tim Robbins, entre muchos, intensifican el interés de los medios de comunicación por el movimiento.

El movimiento insiste en que sólo el uno por ciento de la población estadounidense concentra casi la mitad de la riqueza del país, el 42 %, y que el 58 % restante queda en manos de pocos, ya que el 80 % tiene que consumir sólo el 7 % de los bienes producidos en su mayoría por los más pobres. Se ayuda a los bancos, “salvándolos” de sus estafas, con dinero del pago

de los impuestos (eximiendo o no aumentado de dicho pago a los más ricos), y negando fondos a la educación y beneficios sociales a los más necesitados. De la deuda del país, la más grande del globo, el 90 % de la población paga el 73 % de la misma, mientras que el 1 %, que son los multimillonarios, sólo contribuyen con el 5 %. Semejante injusticia es la que clama al cielo y despierta conciencias hasta ahora adormecidas.

Pareciera que todo esto es el comienzo de una toma de conciencia que muestra signos de ser efecto de la revolución tecnológica electrónica que pone en contacto a millones de jóvenes descontentos con la irresponsabilidad de los gobernantes, de los representantes corrompidos, de las burocracias privadas del capital financiero globalizado. Los miembros del Tea Party, de los republicanos y de muchos demócratas, deberán enfrentar a sus bases en el próximo futuro, porque el empobrecimiento de la clase media se acelera.

Occupy Wall Street es una luz que deberá crecer con la juventud afroamericana, con la latina, con los sindicatos, con las mayorías populares empobrecidas que exigen grandes transformaciones en el corazón mismo del Imperio.

8 de octubre de 2011.

Enrique Dussel

Nace el 24 de diciembre de 1934, en el pueblo de La Paz, Mendoza, Argentina. Exiliado político desde 1975 en México, hoy ciudadano mexicano. Rector de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM). Licenciado en filosofía (Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, Argentina), doctor en filosofía por la Universidad Complutense de Madrid, doctor en historia en La Sorbonne de París y una licencia en teología en París y Münster. Ha obtenido doctorados *honoris causa* en Freiburg (Suiza), en la Universidad de San Andrés (La Paz, Bolivia) y en la Universidad de Buenos Aires (Argentina). Fundador con otros del movimiento Filosofía de la Liberación. Trabaja especialmente el campo de la Ética y la Filosofía Política.

Descarga todas nuestras publicaciones en:
www.brigadaparaeleerlibertad.com

LA REBELIÓN DESDE LA CULTURA

Fabrizio Mejía Madrid

Al auditorio José Sánchez Villaseñor de la Universidad Iberoamericana sólo le caben 300 personas. Hasta sus estrechas puertas llegaron miles de estudiantes el 11 de mayo de 2012. El rector de la Universidad jesuita, José Morales Orozco, había inventado un Foro Buen Ciudadano Ibero para recibir en sus instalaciones al candidato del PRI a la presidencia de México, Enrique Peña Nieto. Pero los estudiantes de la universidad privada no habían llegado a llenar de aplausos, elogios y preguntas fáciles al candidato. Venían indignados porque en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, el 3 de diciembre anterior, Peña Nieto no había podido decir los títulos de tres libros que habían marcado su vida:

“La verdad es que cuando leo libros, me pasa que luego no registro del todo el título, me centro más en la lectura, pero más o menos te da una idea de los libros que he leído”.

Venían indignados porque la prensa había comenzado a hablar de que la candidatura del PRI era, en realidad, una creación de los productores de la principal televisora, Televisa. En las afueras del auditorio de la Universidad se habían

concentrado todos los que se indignaban con la visita de un candidato apenas alfabetizado a una de las universidades que había participado tanto en el movimiento de 1968 como en el terremoto de la Ciudad de México de 1985. Por ser privada, a la Universidad se le había ridiculizado en distintos momentos en Televisa: los “pirrurris” (*juniors*) que hablaban con una papa en la boca en los programas cómicos de la televisora. Pero la Iberoamericana no es la universidad que mal representaba Televisa y, por ello, al candidato del PRI lo recibieron con una manta que había ideado la rubia Rosana, estudiante de Humanidades: “Todos somos Atenco”, en referencia a la brutal represión y violación de mujeres que el entonces gobernador del Estado de México, Peña Nieto, había ordenado el 4 de mayo de 2006 en el pueblo de cultivadores de flores que se opusieron a la construcción de un aeropuerto internacional en sus tierras.

La protesta en la explanada de la Universidad Iberoamericana recordaba las brigadas de la entonces estudiante de teatro, la actriz Margarita Isabel, en las paradas de los camiones de la Ciudad de México en 1968: “¿Usted cree que reprimir a estudiantes desarmados está bien?”. Y lo único que se armaban eran los debates callejeros.

O la intervención de la escuela de arquitectura en la reconstrucción de las viviendas caídas tras el terremoto de 1985, con proyectos para Tepito, la colonia Guerrero y la Morelos, pensados desde siempre como territorios de delincuentes. Los “pirrurris” (la caricatura de los alumnos de la Ibero que había creado Televisa) no eran tales y ese 11 de mayo se manifestaron.

El candidato del PRI llegó confiado a las 9:50 de la mañana tras una entrevista con una de las pocas periodistas críticas en la radio, Carmen Aristegui, expulsada por Televisa en

años anteriores. Pero se encontró con los estudiantes. Carolina Viggiano, encargada de “vinculación con la sociedad civil” de la campaña de Peña Nieto y cuñada del ex gobernador de Coahuila, Humberto Moreira, ofreció 250 pesos a los estudiantes para que guardaran las pancartas hechas a mano: “Asesino de Atenco”, “Yo sí leo”, “Ponte a leer”, “Telecandidato, fuera”. Una atrapó su atención: “Somos la Prole de la Ibero”. Se refería a un episodio en que la hija del candidato del PRI, Paulina Peña Pretelini, había llamado “prole” a los que criticaban a su padre por ser analfabeta. Era la prepotencia de los poderosos frente a los ilustrados, el dinero ante la inteligencia, el poder contra la cultura. Alejandra Lagunes, coordinadora de la página de Televisa “Esmás” y de las redes del PRI en Internet supo de inmediato que ésa iba a ser una deficiencia de su candidato. Y que habría que enfrentarla. De inmediato montaron una operación al estilo priista: ofrecer dinero, programas en Televisa, sitios en Internet que contrapesaran lo que era evidente: los estudiantes despreciaban al candidato del PRI, la restauración de 70 años de dictadura “perfecta” —como la había llamado Mario Vargas Llosa en 1990, durante el sexenio de Carlos Salinas—, la televisión como engrane del sistema político mexicano. Y estaban a las afueras del auditorio en el que el candidato del PRI, durante una hora, pretendería explicar un “proyecto de nación”.

Entre los abucheos comenzaron las preguntas, que, en algún momento el equipo de campaña priista pretendió cortar. Moisés, Anaís, Raúl, Adrián, Mariano y Alejandra agruparon en cinco bloques las preguntas:

—Los estados en los que gobierna el PRI tienen las mayores tasas de ejecuciones y secuestros del país— aseveró un estudiante.

—Nuestros indígenas viven en la anomia —dijo Mario de la carrera de Humanidades., y al ver el gesto fruncido de Peña Nieto propuso: —¿Le explico la palabra “anomia”, candidato?

Se le pregunta por la represión al pueblo de Atenco, cuando era gobernador del Estado de México. Él responde en palabras que recuerdan a Díaz Ordaz tras la matanza del 2 de octubre de 1968:

—Fue una acción que asumí personalmente para restablecer el orden y la paz en el legítimo derecho que tiene el Estado mexicano de ejercer la fuerza.

A las 11:38 se dio por terminado el acto. El candidato murmuró:

—Por fin.

Salió entre abucheos y consignas, cruzó el pasillo de la biblioteca, entró en Arquitectura y subió al segundo piso donde lo esperaba el rector para despedirlo. Los gritos de los estudiantes lo alcanzaban: “Da la cara, cobarde”, “No huyas”, “¿Así vas a gobernar?”. El candidato expresó su deseo de ir al baño. Se metió al de mujeres. Ahí los estudiantes lo escucharon vomitar de miedo.

Tras veinte minutos, con la escalera tomada por los estudiantes de arquitectura, el Capitán Baz organiza al Estado Mayor para fingir una salida a toda prisa por la puerta principal. Los estudiantes se dejan finta y van tras él. Mientras, el candidato, asustado y pálido sale por la puerta 9 y se sube a su Jeep Liberty blindado que ya tiene el motor encendido.

Y se va.

Por la noche, el noticiero de la televisora acusada de haber fabricado al candidato del PRI, casado ahora con una actriz de sus telenovelas, “La Gaviota”, comienza con el anuncio de un

enjuague vaginal, Benzal, y continúa con la noticia del ex Beatle Paul McCartney en el Zócalo —“se prende”—, la irrupción del volcán Popocatepetl —“ilumina la noche”, y “Es noche de viernes: las frases de la semana”. Nada sobre los estudiantes y el principal candidato a la Presidencia de la República. Como en los viejos tiempos, la televisora es, sobre todo, lo que silencia. En las siguientes horas, sin dar la noticia, se dedicará a desmentirla:

—Éxito de Peña Nieto en las universidades, a pesar del boicot orquestado en su contra.

—Los manifestantes en la Ibero, un puñado de intolerantes en actitud porril: Presidente del PRI.

—No eran jóvenes. Ya están mayorcitos, como entre 30 o 35 años para arriba, incitando. No pasaban de 20 y estaban entrenados —dice al noticiero de Cadena Tres, el líder del Partido Verde, Arturo Escobar, que va en alianza electoral con el PRI.

Tres días después aparece un video en YouTube. Está firmado por 131 estudiantes de la Ibero que advierten: “Usamos nuestro derecho de réplica para desmentirlos. Somos estudiantes, no acarreados ni porros y nadie nos entrenó para nada”.

En un acto que es, a la vez, político y estético, los jóvenes usan sus cámaras web para hablar en el mismo encuadre y enseñan sus credenciales de estudiantes, dicen su nombre, su carrera y el número que los acredita como inscritos en la Universidad. Son 131 alumnos indignados por el trato abusivo que la televisora hizo de ellos. A diferencia de 1968 o 1971, en los que se les acusó de “criminales”, ahora tienen el Internet para responder. En seis horas, la mayoría de los usuarios de las redes sociales mexicanas y de mexicanos en el extranjero, alrededor de 50 ciudades —donde igual aparecen Guadalajara que Berlín—, se autodenominan: “Yo Soy 132”, uniéndose a la

valentía de los 131 originales de la Iberoamericana. Internet, la red, lo digital que es ahora horizontal, democrático, interactivo de una forma instantánea, le ha ganado por primera vez la partida a la televisión, analógica, pesada, aislada en sus propios criterios de desdén frente a la población, haciendo televisión —como ellos mismos dicen— para los “jodidos”, para la prole que tanto enojo le había causado a la hija del candidato del PRI. Que los estudiantes de la Iberoamericana, de paga, jesuita, se reivindicaran como “prole” en este contexto era una rebelión desde la cultura. Una cultura que se había forjado desde los movimientos sociales, desde las universidades, desde el desdén. Era una reacción a toda la prepotencia del poder: si tengo un poco lo ejerzo contra los que menos poder tienen. Esta vez, como rara vez en la historia mexicana, un movimiento estudiantil lo ejercía contra quien tenía todo el poder. La historia es precaria: Zapata contra Madero, Villa contra Carranza, Vallejo contra el sindicalismo oficial, 1968 contra Díaz Ordaz, la oposición de izquierda y derecha contra el PRI, los zapatistas contra Salinas de Gortari.

Al episodio de Internet #YoSoy132 le sigue un cambio estratégico: la generación a la que se le acusaba de narcisismo, de aislarse en las pantallas de sus computadoras, convoca a una concentración masiva el 23 de mayo de 2012. Escogen un lugar extraño: la Estela de Luz, una construcción espantosa que el gobierno sanguinario de Felipe Calderón había querido que sustituyera la celebración del Bicentenario de la Independencia nacional y que fue, en realidad, un monumento a la corrupción de su sexenio: la torre, detestada por todos, calificada por la ciudadanía con el nombre de una galleta —la Suavicrema— fue objeto de una investigación por presupuestos inflados, dobles

contabilidades, fugas de dinero público. Y ahí decidía el movimiento #YoSoy132 ir a manifestarse. La mañana de esa tarde, se habían decidido por un Manifiesto que los explicaba: “apartidista, pacífico, estudiantil, laico, plural, humanista, autónomo y anti-neoliberal”. Pero su elección para manifestarse no era contra el poder tradicional: la casa presidencial, la oficina del gobierno, los monumentos de la autoridad. Era a la Estela de Luz donde llegaron estudiantes con las cabezas tocadas por televisiones de cartón:

— Queremos escuelas, no telenovelas.

— El que no brinque es Peña.

— No somos porros, somos estudiantes.

Acaban en las puertas de Televisa.

Esa noche se alcanzaba a ver desde las banquetas donde se tocaban tambores, se recitaba poesía de César Vallejo, se besaban novios que sólo se habían conocido antes por Internet, una cultura emergente, que reclamaba información de calidad. Me dice Jaime Avilés, el cronista de *La Jornada*:

— Leen y se burlan de quien no lo hace— y nos sorprende en una cultura vieja en la que ser anti-intelectual era motivo de orgullo.

La protesta a las afueras de Televisa es anti-jerárquica en la medida en que se mira a sí misma como una red. La cantaleta monótona de las campañas televisivas estalla con el espectáculo en las calles, la indignación no iracunda, sino festiva, el relajo como toma de consciencia instantánea. Un cartel significativo, en medio de las consignas desde hace más de cien años de las universidades mexicanas contra el poder: “Televisa, TVAzteca: ahora nosotros hacemos las noticias”. Acompañados ahora de la UNAM, el Politécnico, el ITAM y la Metropolitana-

na, los iberoamericanos definen con precisión la forma en que se miran a sí mismos:

—Somos una red de comunicación entre escuelas públicas y privadas— me dice Humberto, de la Ibero.

Con ello señalan una de las crisis de la democracia mexicana: la nula representación simbólica que hay de los ciudadanos en la televisión. No se miran en la tele, no se leen en los periódicos, nadie los cuenta ni los toma en cuenta, no aparecen en las encuestas. Y, al salir a la calle, lo que hace YoSoy132 es visibilizar la disputa por el espectáculo. Ellos serán, desde ahora, las noticias. Pero, también, el entretenimiento:

—Hay que estudiar —cantan —, hay que estudiar, porque si no estudias, como Peña vas a acabar— y se refieren a que el candidato del PRI no lee, está casado con una actriz mediocre de telenovelas, no se despeina. Ése es el viejo PRI: lo que parece inamovible, que siempre se presenta como futuro inevitable, resignado.

Con la salida a las calles, YoSoy132 amplía las redes sociales a las calles, a las plazas públicas, a las banquetas frente a las televisoras. Ya no son los manifestantes contra el Presidente de la República, sino contra las señales que se emiten por microondas. Se miran a sí mismos como una rebelión contra un poder que ya no se sienta en una silla presidencial sino que se ha vuelto amorfo, transmisible, mediático. Y ellos, los muchachos, las chicas, le despojan del sentido y convierten la burla, el sarcasmo contra la política tradicional (la de los partidos) en otro tipo de espectáculo: “Enrique Peña Nieto: La Universidad Autónoma Metropolitana te espera con los baños abiertos”.

La rebelión desde la cultura enfrenta al mundo digital con el analógico —los medios unilaterales les parecen anqui-

losados, a ellos, que nacieron con celulares y crecieron en redes en las que la interacción sucede en segundos— el argumento y la persuasión se enfrentan al rating, y la pertenencia universitaria se hace de una dimensión épica contra la vaporosa “celebridad” de las televisoras. YoSoy132 es una rebelión desde los saberes, desde la memoria histórica (volverán a la Plaza de las Tres Culturas en Tlatelolco una y otra vez), desde una nueva cultura que no es la tan anticipada soledad ante las computadoras, sino su opuesto: la red que se realiza en la calle, en multitud, codo a codo, de la mano. Organizan la primera asamblea del 30 de mayo de 2012, donde se definen por la “democratización de los medios de comunicación y en contra del sistema de partidos:

“No olvidamos los esfuerzos y las luchas de movimientos obreros y campesinos, el magonismo, el villismo, el zapatismo, el movimiento ferrocarrilero y el movimiento médico. No olvidamos los movimientos trascendentes de nuestra historia, la expropiación petrolera, el vasconcelismo, la lucha por la autonomía universitaria, la insurrección social armada en los años setenta. No olvidamos los procesos estudiantiles, ¡la defensa de los albergues del Instituto Politécnico Nacional en el ‘58!, ¡los movimientos estudiantiles de Tlatelolco en el ‘68! y ¡el Jueves de Corpus en el ‘71! ¡No olvidamos tampoco la guerra sucia y sus desaparecidos!, ¡No olvidamos los presos políticos!, ¡las huelgas universitarias del ‘86 y del ‘99!

“México, tus hijos te estamos diciendo esto, somos herederos de los fraudes electorales del ‘88 y del 2006, de las crisis económicas del ‘82, del ‘96 y del 2008, somos herederos del ¡levantamiento armado del zapatismo!, ¡de la matanza de Acteal!, ¡de los impunes feminicidios en Ciudad Juárez,

Chihuahua! y ¡principalmente en el Estado de México! Hemos de alzar nuestra voz en este momento, ¡Sí!, ¡somos herederos de las represiones en Atenco y en Oaxaca en el 2006! Sí, compañeros, el Movimiento 132 somos nosotros, somos la demostración de la indignación y la rabia de los niños muertos en la guardería ABC, ¡somos Wirikuta! ¡somos Cherán en Michoacán. ¡Somos Copala!, ¡somos la indignación ante la brutal fuerza del Estado!, ¡somos la indignación ante la guerra contra el narcotráfico y sus más de setenta mil muertos! ¡Toda esta historia somos nosotros!, ¡justicia pedimos!, ¡justicia pedimos!, ¡por que éste es nuestro movimiento y vamos a luchar por ella hasta que se haga justicia!, ¡justicia!, ¡justicia!

“Toda esta historia hoy la reivindicamos y la revivimos, la revivimos en el vendaval de este movimiento, hoy decidimos y decimos ser 132, ser historia y ser la conciencia mexicana, ¡no olvidamos y reiteramos desde nuestra conciencia!, ¡hoy y siempre somos 132!”

En esa primera asamblea colgó una manta en las escaleras de la Biblioteca Central de la Universidad Nacional, ya unidos estudiantes de escuelas privadas y públicas: “Si tú no ardes, yo no ardo. Y si no ardemos juntos, ¿quién iluminará esta oscuridad?”.

La frase es tan contundente que se convierte en su lema. A partir de la Asamblea en Las Islas de Ciudad Universitaria de la Universidad Nacional, #YoSoy132 da un vuelco interactivo: se conocen, discuten, eligen “voceros” por escuela. Más parecido a la organización en Facebook que a las tradicionales del CNH en 1968 o el CEU de 1986, la revuelta del 2012 se hace nacional en la medida en que cuenta con Internet. Sus esfuerzos se disparan: persiguen al candidato del PRI en donde quie-

ra que se presente, dan sus puntos de vista sobre los problemas nacionales, convocan a observar la elección presidencial, y sientan a tres de los cuatro candidatos —Peña Nieto se disculpa por carta por “tener la convicción de que ustedes están en contra de mi candidatura”— a un debate que ellos mismos diseñan y transmiten (19 de junio). Son, por Ustream, el espectáculo de sacar papelitos, hacer preguntas, escuchar respuestas breves, casi mensajes de texto por un celular. Logran lo que fue una aspiración en 1968 y una limitada experiencia radiofónica en 1986: el diálogo público entre políticos y estudiantes. Ahí se condensará su triunfo: tomar las calles como si fueran extensiones de la red digital, hacerse visibles con una irrupción, sentirse parte del futuro ahora —las comparaciones con La Primavera Árabe o Chilena se vuelven lugar común—, a la hora del mundo y tener una voz.

Para el resto de la ciudadanía, YoSoy132 significa un relevo cultural: son ellos los encargados de que no regrese el PRI a la Presidencia, son ellos los que cuidarán la transparencia, son ellos los que aparecieron casi de la nada como generación. YoSoy132 llena así un vacío en nuestro imaginario ciudadano: hay quienes siguen dispuestos a democratizar el país, que todavía no se han cansado de las trampas que han socavado la transición mexicana. Una enorme manta en La Estela de Luz lo consigna: “Los estábamos esperando. Qué bueno que ya llegaron. Atentamente, La Patria”. Su historia, a diferencia del resto de la política mexicana, todavía no ha sido contada. Parece que no aceptará repetirse. Y, para el resto de los ciudadanos que los observamos desde las ventanas, YoSoy132, afortunadamente, nos sigue pareciendo insuficiente.

No dudaré en bautizar al movimiento #YoSoy132 como el de la anticipación. Encuestas, sondeos, estudios de merca-

do, estrategias militares, todo abona a tratar de desentrañar eso que llamamos lo “social”, esa fe en que existe algo que nos contiene y nos excluye a la vez. Esto acaso se deba a que, en la última década, pasamos de ser una cultura que ha aumentado el ritmo de lo desechable y ha comenzado a consumir por adelantado los productos que todavía están siendo diseñados, comprados con los ahorros que todavía no pedimos prestados. Sé que la idea de futuro ha desaparecido, en lo que de colectivo tenía como relato, a favor de la historia del mérito personal. Estamos a expensas de los que se sienten orgullosos de contar con el hombre más rico del mundo, la televisora más invasiva de América Latina o el sistema político de más de setenta años (que hoy regresa, a pesar del #YoSoy132) como si detentar un monopolio equivaliera a ganar una medalla olímpica.

Sin futuro colectivo, padecemos el despliegue de una nueva cultura dominante definida por cosas como: la degradación de lo perdurable a favor de lo novedoso, el aumento de la velocidad con la que cambiamos de versiones de nosotros mismos, la conquista del tiempo vía su abolición en el llamado tiempo real, la repetición diaria de que vivimos en un estado de urgencia, la invención de los apegos afectivos como algo que se conecta o desconecta a voluntad, una ética que autoriza a tratar a las otras personas como bienes de consumo, un capitalismo que ya no acumula sino que desecha, la enunciación de una cosa anormal llamada “crimen organizado” que normaliza el uso de la fuerza, la declaración de guerra contra enemigos omnipresentes que podemos ser cualquiera, el amasiato entre poder y autoridad desde las empresas hasta la Presidencia de la República en el que todos dependen de la publicidad —no de lo realizado, sino de lo no planeado—, el fin del prestigio pro-

fesional a favor de la notoriedad, una incertidumbre material que nos permite demonizar a alguien que proponga menos injusticia, el fin de la perseverancia y la paciencia, el comienzo de lo superficial como profundidad sucinta, una subcultura de la potencia donde se nos vende la posibilidad de ir a 300 kilómetros por hora en ciudades embotelladas o tocar 3 mil canciones en un trayecto de Metro.

A eso ha llegado la cultura dominante: el futuro como potencia. Lo dominante es una anticipación de algo que no vamos a hacer. Es la iPodización de la cultura. Listados. La cultura de las listas, el *top ten* de atrocidades, accidentes, dictadores, animales en extinción. El aquí y el ahora explican tanto a los gobernantes que quieren que sus familias saneen las finanzas de Pemex depositándolas en sus cuentas como a los sicarios que toman por la fuerza lo que el mercado jamás les daría, aunque mañana se mueran en una ejecución o en un enfrentamiento a balazos. Sin futuro ni personal ni colectivo, sin relato posible de la velocidad —¿cómo testimoniar la aceleración del coche que es el siglo XXI sin caer en la inercia?—, sin versiones coherentes ante la fogata, sólo nos queda la anticipación de lo que jamás nos hará felices. Pero hemos descubierto otras vías de lo social: es la resistencia cultural que sabe que lo dominante no se sostiene porque sea mejor, sino porque crea la ilusión de que no hay de otra. La resistencia cultural tendría ahora una forma de manifestarse de acuerdo a la nueva forma de lo dominante: reescribir, de preferencia burlarse, del discurso oficial, y evitar fabricar productos que terminarán siendo mercancías. Es conocido el doble riesgo de tratar de crear una resistencia cultural: si entra de lleno en la política puede terminar inaugurando otro poder, incluso más arbitrario que el que

ayudó a desfondar y, por supuesto, el de terminar en forma de camiseta, siendo una moda desechable como el resto de los bienes consumibles. La partidización de los movimientos de resistencia es sólo una forma de la inercia y, a veces, de la violencia y hasta del terror. Y, de otra forma, el otro peligro para la resistencia es convertirse en una mercancía, en forma de camiseta, en forma de eslogan publicitario, en forma de programa de televisión.

De esa forma veo los últimos movimientos de resistencia cultural. El zapatismo entró a la disputa por sus propias imágenes en los medios de comunicación a la mano. Creó primero una estética de su invisibilidad para singularizar un discurso sobre los excluidos. El pasamontañas obedeció más a la teatralización de los invisibles que al anonimato de un grupo guerrillero. Sin lugar, apenas soportados por palabras escritas en comunicados, los zapatistas inauguran la disputa por el espectáculo en los medios, la visibilización de la pobreza y el racismo en el México que era la sexta economía del mundo. Tras la marcha a la Ciudad de México, comienzan un proceso inverso y toman un lugar físico. Eso los desaparece, los desvanece, ellos que con la invisibilidad lideraron un cambio cultural que se les debe todavía: la abolición del racismo. El otro movimiento que disputó su propia representación en los medios fue el de la APPO en Oaxaca: tomaron las estaciones de radio como si fueran barricadas. Se adelantaban así a la consabida táctica del poder político en México contra los movimientos sociales en México: primero aplastarlos a base de difamaciones, y luego justificar el envío de la policía armada con gases lacrimógenos, balas de goma y el abuso sexual como intimidación. Pero el ejercicio de defensa en la APPO de Oaxaca era propiamente

con base en la palabra hablada. La APPO, más que actuar, habló y habló, y habló: recomendó, aconsejó, agitó, debatió las posibilidades más inverosímiles: desde la caída del Gobernador hasta crear una república autónoma “socialista”. Pero fue un ejercicio que reclamó su lugar en el espectáculo de lo “social” con base en la palabra difundida. Con las estaciones de radio en manos de cualquier persona, se anunciaba ya el uso de las redes sociales de Internet.

Pero, antes de abordar ese nuevo cambio en la resistencia cultural, me gustaría hacer un alto para tratar de explicarme lo sucedido en una década.

Creo que lo común entre ambos movimientos que se producen como espectáculo entre 1994 y el 2006, es la disputa por el tiempo. Si el EZLN le aplica a todos los interesados el llamado “tiempo indígena”, es decir, el del ciclo agrícola o la paciencia para terminar una vasija, la APPO le infringe el obstáculo del retén a la ciudad de Oaxaca, del rollazo en la radio todo el día. Son resistencias al tiempo dominante, al de la aceleración que desecha bienes y, como si lo fueran, a personas, pueblos, códigos, miradas, a regiones enteras del país. Con las nuevas resistencias culturales se abren temporalidades alternativas a las de la publicidad y el mercado, sólo por un instante, pero se logran. Después, la misma trituradora de la cultura dominante de la anticipación, los pone en el rango de lo pasado. Pasado pero no resuelto, dirían los perspicaces.

Y es que el asunto que me parece destacable es que ambos movimientos cometieron el error de verse como permanentes y en un espacio físico. No fugaces y en la disputa por el tiempo. Si va a existir resistencia en el futuro —y lo hará porque el racismo, el sexismo y la impunidad gozan de buena

salud— deberá tomarse por un momento de libertad creativa y no como el inicio de una revolución —que, ya sabemos: terminan siempre en la reedición de lo que criticaron—, que tiene una fecha de caducidad. Ante la cultura dominante de la anticipación, creo que lo más radical sería restaurar el presente. Se nos ha ido de las manos, en la inundación de las contingencias; ahora mismo, la cultura dominante es incapaz de pensar un presente que no sea una encuesta o un futuro que no sea el de una catástrofe ambiental, genética, nuclear o de seguridad nacional. O anunciada por los mayas. Sólo desde la resistencia cultural, desde pensar que si hay otra cosa además de lo que se nos presenta como inevitable, podemos restaurar un presente que no sea el espectáculo dominante de una anticipación siempre fallida, insuficiente, frustrante.

La aparición de un nuevo uso para la resistencia cultural de las redes sociales consolida las experiencias del zapatismo del EZLN y de la Oaxaca de la APPO. Pero trae consigo nuevas ideas. Las más notables son las que se brincan los dos peligros de siempre de los movimientos de resistencia: la institucionalización en mafia, grupúsculo o partido político, y el empaquetamiento en mercancía, moda, publicidad. La política tradicional y el mercado siempre emparedan a la resistencia cultural. Por eso siempre la resistencia cultural es política que no parece política y publicidad que se presenta como difusión alternativa. La línea del riesgo de convertirse en una u otra siempre es débil y difícil de ubicar. Pero la resistencia desde las redes ha sabido precisarla. Uno de los logros del movimiento #YoSoy132 es que articula un nuevo tipo de comunidad virtual en medio del naufragio de las comunidades geográficas, de vecindad, y la lleva de nuevo a la calle. Es un movimiento,

como el de la Primavera Árabe, como los indignados de España, que discute en las redes pero se conoce en la calle. El mito de que el uso de la red, en sí mismo, era un aislamiento, se rompe, en el caso mexicano, con la *okupa* de Televisa: una protesta convocada por redes sociales —textos— termina en las calles con cuerpos que no cohabitan en la misma vecindad, salvo la que les permite la red virtual. #YoSoy132 rompe otro mito de nuestros tramposos gobernantes neoliberales: que privatización y democracia van de la mano. Al escribir en las redes, la democratización actúa: nos hace colectivos, nos separa de lo privado, entendido como intimidad, secrecía, arreglo en lo oscurito. Uno de los cambios entre la era de las resistencias zapatistas y appónimas y la de los universitarios del #YoSoy132 es el medio —las redes— es, en sí mismo, democrático, debatiente, alegador. Por eso no necesitaron ni de dirigentes, ni de caudillos, ni de voceros. Llegaban a sus concentraciones de cientos de miles y nada hablaba en nombre de ellos. Lo dicho se quedaba en la red. Pero también la resistencia del #YoSoy132 pudo brincar el riesgo de convertirse en una camiseta. Cualquiera puede reivindicarse como parte de su indignación, al estilo de una marca de ropa, pero con un contenido radial de protesta, de no aceptar lo que se nos plantea como inevitable. Hoy, bajo el nombre de #YoSoy132 caben todos los que piensan que lo social no debe ser una exclusión, sino un tipo de creatividad cultural. Caben todos los que piensan que democracia y privatización se oponen. Colectivos contra Corporaciones es el nuevo videojuego de lo social.

Y, así, regreso a mi idea inicial sobre el tiempo. Las corporaciones utilizan la anticipación como una forma de excluarnos. Ellos nos dicen: ustedes no caben, ustedes no pueden

tener educación, empleos. Es más: ustedes son demasiados, confórmense con sobrevivir. La resistencia de los colectivos por venir, la de las redes sociales, la de los campamentos de gente que, antes, no se conocía, refunda el presente como instantaneidad. La reacción que permiten las redes ante cualquier acto arbitrario es instantánea, es una construcción del presente. Por eso le llamo “desconcierto” a este nuevo presente colectivo o, si quieren, “social”. Porque el poder ya sólo tiene la anticipación como encuesta o como catástrofe para obligarnos a obedecerle. Nosotros, en cambio, tenemos lo instantáneo como lenguaje y la posibilidad eventual de encontrarnos algún día, cara a cara, y reírnos juntos.

Al final de cuentas, la rebelión desde la cultura se terminó en una discusión antes de la elección de Enrique Peña Nieto, el candidato del PRI, como Presidente de la República. Una parte del movimiento se reivindicó “apartidista” y otra, “anti-peñanietista”. Una parte se volvió a la autobiografía, individual, egoísta: egresaron de sus carreras, se fueron al extranjero a estudiar maestrías o tratar de ejercer sus profesiones. Otros, alimentaron la idea de la resistencia como violencia pública, transmisible, mediática. La televisión sonrió: “los encapuchados, los violentos, los agresores”.

Como casi todos los movimientos desde la cultura en México, los del 132 habían ganado. Sólo que jamás se dieron cuenta.

Fabrizio Mejía Madrid

Nacido en el emblemático 1968. Escritor y ensayista mexicano, es un colaborador habitual de revistas como *Proceso*, *Letras Libres* o *Gatopardo* y ha sido ganador de premios como el Xavier Villaurrutia o el Antonin Artaud.

Autor de la novela-crónica *Hombre al agua*, que ganó el premio Antonin Artaud. Su novela más reciente es *El rencor* (como la anterior, publicada por Joaquín Mortiz). Sus escritos han sido incluidos en antologías como *Nuevas voces de la narrativa mexicana* y *The Mexico City reader*. Algunas otras de sus obras son: *Viaje alrededor de mi padre*, *Pequeños actos de desobediencia*, y *Entre las sábanas*. Sus más recientes publicaciones son *Vida digital* y *Nación TV*.

Descarga todas nuestras publicaciones en:

www.brigadaparaaleerenlibertad.com

Este libro se imprimió en la Ciudad de México en el mes de agosto del año 2013.

El tiraje fue de 3,000 ejemplares para su distribución gratuita y es cortesía de la Rosa Luxemburg Stiftung y Para Leer en Libertad A.C.

Queda prohibida su venta.
Todos los derechos reservados.